

Lo que yo hice entonces en la tierra con mi vara, lo hace en el papel y con la pluma cierto dramaturgo de estos tiempos.....

Son las cinco de la tarde. El grupo de jacaes cónicos que descubrí hace dos horas desde la cima de la montaña, lo tengo á treinta pasos de distancia. Voy á anunciarme:

—Ave María Purísima, Señores.

Mi salutacion es contestada primero por los ladridos de un perro; luego los de otro, y otros mas hasta llegar á nueve ¡Una insurreccion canina en toda forma! Mi vara se ha convertido en un radio, y ha comenzado á formar círculos, cuya periferia no se atreven á traspasar los canes.

Preséntase al fin una hembra de edad; larga y descarnada, que apacigua la sedicion perruna por medio de su voz agreste, aunque con gran *descontento* de los *descontentos*, que me miran de reojo y murmurando por no haber puesto en contacto sus comillos agresores con mis inofensivas pantorrillas. Segun parece la calma ha vuelto á los *espíritus*, y la razon recobra ya su imperio.

—Señora, quiere darme tantita agua, por vida de lo que V. mas estima?

—Sí, Señor: pase usted adentro.

—No morderán los cachorros?

—No; como ya miran á usted conmigo....—¡Fierabras!!—¡O lo verás, indino!

El Fierabras aleve se habia deslizado cautelosamente y, todo fué uno, regañarlo su ama y llevarse entre los dientes un pedazo de mis calzoneras abrochadas.

Yo hice la pirueta mas gallarda del mundo, y mientras Fierabras recibia una escomunal pedrada, tomé asilo detras de dos nuevas matronas horriblemente enjutas, que aparecieron en la escena. La tranquilidad se restableció por fin: bebí agua; ofrecí mis mercancías; hubo deseo de verlas, y sentados todos en círculo al aire libre, comencé á desatar mi canasta con el mayor aplomo. ¡Qué iban á comprarme tres individuos colocadas entre los cuarenta y cincuenta años. Haciáme esta pregunta, cuando apareció otra hembra cargando á duras penas la suma total de las edades anteriores. Por lo visto, aquellos jacaes que atesoraban semejantes momias y vegestorios, venian á ser una cosa muy parecida á las tumbas colosales de los Faraones.

Con todo, no desfalleció mi aliento mercantil. Dos son las grandes divisiones de la raza femenina: la division de las *coquetas* y la de las *gazmoñas*. Yo me hallaba frente á frente de la segunda. La mas *moderna* de las tres *antiguas*, exclamó al ver venir á la reverenda abuela:

—Venga usted por aquí, nanita: mire lo que carga este maistro.

—Eh! ya no me estiran á mí, esas cosas. Eso se quedó para las muchachas.

—Mire V. niña, exclamé yo: aquí traigo de todo....Novenas, santos, alabados, catecismos....

—Aver sus novenas, dijo la abuela.

—Vea usted: aquí está la de S. Atenógenes, abogado de las *parturientas*....

Las cuatro hembras soltaron la carcajada.

—Cómo es eso! Se rien Vds....? Ah! es verdad! La Sra. está ya fuera de peligros. Pero no le hace; aquí hay otra....la de Sra. Sta. Polonia contra los dolores de muelas....

No pude proseguir. La anciana al reir por segunda vez abrió tanto la boca que pude ver hasta el fin de sus limpias y despobladas mandíbulas. Yo tambien reí por lo bajo, y procuré componer el cuento ofreciéndole á la abuela una novena de los santos *Cuates, buenos* para las cosas perdidas.

—Yo no he perdido nada por hora, contestó la anciana.

—Como! Y los dientes?

—Es verdá; pero soy tan mala que los santitos no me harán el milagro de hallarlos.

—Pues al bien que aquí tengo otros santos: Sta. Librada, abogada contra los ladrones....¿No hay por aquí ladrones?

—No señor, esto es muy seguro. Por aquí no anda mas que los contribucioneros, el curandero ñor Tribucio que compone güesos, y los demandantes....; pero esa es gente güena.

—Tiene V. razon. En fin, aquí tengo....Un nuevo personaje me interrumpió, dándome las buenas tardes. Era una muchacha de veinte años, fresca, rolliza, de ojos decididos, nariz remangada y boca pequeña, desdeñosa y provocativa. La chica llegaba como el domingo de pascua despues de los viérnes de cuaresma. Era el *dia de carne* que venia á unirse á las *vigilias*.

Una de ellas le dijo á la recién llegada:

—Anda, Juana, á ver que mercas.

—Yo que é mercar! Si estuviera aquí Alifonso puede que él....

—Alifonso ya ha de venir por hay: hace ya rato que se jué á traír sus bestias. El pagará dempues.

—Quen sabe si quedrá!

—Porque no ha é querer....! Pero mira, mentando al burro y el que rebuzna! Hay tienes á tu cristiano.

Ildefonso apareció en escena, y vino á revelarme su presencia, que Juana, la linda rancherita, era nada menos una *pitonisa*, haciendo á este nombre derivado de *pitones*, asi como *poetisa* se deriva de *poesia*.

Ildefonso era aquel mismo pajarraco que tenia dos flores; pero infaliblemente el animal en eso de aromas tenia un gusto detestable...!

Se trató de que le comprara algo á Juanita, proposicion que fué desechada por el marido, quien dió á la esposa uno de los papeles que contenia parte de lo que antes me habia comprado. El otro envoltorio habia ya seguramente llegado á su destino.

Juana no quedó muy conforme con el obsequio, mas Ildefonso se hizo el sordo, y yo perdí la esperanza de vender mis diges, volviendo otra vez á las novenas.

—Vamos, niñitas: ya que el patroncito no quiere mercar nada, cómprenme Vdes. un San Francisco de Paula.

—Ay! Santo de mi alma! dijo la abuela suspirando y aplicando sus labios á la Imágen. Luego continuó:

—Y á cómo dá la estampa?

—Esta, niñita, vale un real.

—¡Un rial! Ni yo lo valgo.

—Sin embargo; creo que el santo debe valer mas que usted....?

—Eso si que es muy cierto, y Dios me lo perdone si he hablado sin retentiva....

—Y luego, no es cara cuando por un real lo tiene V. todo....todito....Ya sabe V:

—Qué he de saber?

—Lo que se dice del Santo.

—Y que dicen los malos cristianos?

—Los malos no, los buenos.

—Lo mismo dá! Aver que le han averiguao al Santo de mi alma?

—Oiga Usted:

San Francisco de Paula,

Tres cosas pido:

Salvacion y dinero

Y un buen marido!

—Por cierto! Yo solo quero la salvacion, dijo la abuela.

—Yo la mosca, exclamó el marido.

Y luego:—Ay!...Eh!...Hip!...tres suspiros de las tres matronas, que sin duda deseaban las tres cosas, particularmente la última, pues de á legua se conocia que á semejanza de ciertas donaciones, las tres hembras necesitaban, exigian y demandaban un *varon por linea recta*.

En cuanto á Juanita, esa vió á su marido, miró al santo y luego á mí. Tal vez le pesó no haberse encomendado á la Imágen en otros tiempos. Quizá se le vino á las mientes que yo mis-

mo la hubiera dado el *consejo y el toston!*

Como quiera que sea, yo vendí tres efigies del bendito Santo; Dos novenas de San Judas Tadeo, utilisimas para alejar á los cristianos que nos incomodan;

Y, con gran descontentamiento del marido, Juanita, rosa sin perfumes, compró la novena de San Bonifacio, devocion especialísima para poner en buen camino á los que están en *via de perdicion*, y hacer igualmente que ciertos maridos recobren el *olfato*, órgano que se pierde con el uso frecuente é inmoderado.

En estas y en las otras el sol me dió las buenas tardes, mientras que las tinieblas aproximándose nos iban á dar las buenas noches. Yo, que efectivamente me hallaba con ganas de pasarlas buenas, pedí hospitalidad y se me concedió, sobre todo por parte de Juanita, á quien hice el regalo de un par de aretes é igual número de anillos; total: tres octavos poco menos.

Semejante prodigalidad me grangeó:

Una regular cena;

Un jacal para dormir;

Una raja de ocote para alumbrarme;

Tres miradas de Juanita,

Y una sonrisa que me sublevó el histérico.

¡El histérico es un mal terrible cuando ataca al desamparado caminante!

Me acosté.

Las ancianas sexagenarias y Juanita, hicieron lo mismo en otro jacalon contiguo al que yo habitaba. En cuanto al marido, el buen hombre marchó á cuidar sus milpas, porque dizque le habian *hecho daño* en ellas aquel dia.

Era sin duda media noche y yo no podia dormir. Las caricias de las pulgas; el concierto de un sin número de grillos que me regalaban con la mas agradable serenata; y sobre todo, la sed devoradora que me atormentaba, me habian tenido hasta á aquella hora con los ojos y el pensamiento bien abiertos.

No pude sufrir mas. Abandoné mi lecho y marché en busca del único remedio que podia calmar el mayor de mis tormentos, á riesgo de infundir sospechas en mis huéspedes, si por desgracia notaban mi espedicion nocturna.

Yo queria agua, agua sobre todo. ¡Pero qué hace un sediento que se encuentra á oscuras, sin conocer la colocacion de los trastos, y que teme dar con otro que no sea aquel que contiene el precioso líquido? ¡En verdad que yo temia encontrarme con los *machigües* ó el *nejayo!*

Por fortuna yo he sido en el mundo tan buen chico que jamas he dicho de esta agua no beberé....

Entretanto la sed era apremiante; me era prohibido encender luz; no habia que hacer el menor ruido; desconocia el terreno en que me hallaba, y ¡Ay! yo quisiera saber como hubiera salido de tal apuro el mas avisado de mis lectores.

Sin embargo, me dí tan buenas mañanas que al fin hallé lo que deseaba, descubrimiento que me llenó de gozo, y tanto que aun ahora dudo lo halla experimentado mayor el mismo Colon, Vasco de Gama, y Magallanes.

Yo podia decir, y acaso con orgullo, que le habia encontrado al mundo la sesta parte. . . .!

El resto de la noche lo pasé en guerra abierta con un millon de pulgas que invadieron la integridad de mi territorio corporal.

Al amanecer me levanté apresuradamente con el fin de proseguir mi camino con la fresca de la mañana.

Recogí mi canasta, mi vara de medir, me embocé en el zarape hasta los ojos para resguardarme del frio, y traté cuanto antes de alejarme de aquel albergue hospitalario.

Mi intencion era la de despedirme del mismo modo que hoy se usa entre los altezas y excelencias, lo cual equivale á no despedirse para no desgarrarse el alma con los lloriqueos, ternezas y protestas de los tontos que se quedan y el sabio que se aleja. Por lo mismo, entonces comprendí lo que mas tarde han llegado á conocer los presidentes, y á ejemplo de ellos saqué en limpio, que lo mas sencillo y económico era desaparecer repentinamente, como el raton que ha dejado bien arregladas sus cuentas con el queso. . . .

Mi intencion se habia logrado, supuesto que tenia una probabilidad de doscientas varas, á cuya distancia quedaban ya los jacales detras de mí. Mas de improviso me encontré con Juanita que traia un cántaro en el hombro.

Al verme, la muchacha dió á sus mejillas el color de una amapola, en tanto que en las mias se plantó el tinte de las hojas.

Murmuré una despedida que la jóven me contestó en tre dientes, y en seguida me alejé de ella casi con disgusto.

¡Raro fenómeno! Serian las pulgas, la mala noche, lo que Vds. quieran; pero es el caso que aun para mí aquella flor habia perdido sus perfumes.!

III.

Charla.—Conclusion.

Héme ya en el pueblo de X. . . . á donde, lo mismo que á otros tres ó cuatro mil curiosos, comerciantes y devotos, me ha traído la féria ó fiesta que se hace en honor del santo patrono del lugar.

Los pueblos cristianos se han empeñado en festejar la memoria de los santos de la manera mas alegre, aunque éstos en vida hayan sido anacoretas, condenados al ayuno, á regalarse con disciplinas, á tratar con bárbaros hotentotes, y á morir descuartizados á manos de los infieles de la *Cochinchina*.

Por tal causa habia en el pueblo grandes comidas; regulares músicas; juegos de chuzas y carcamanes, roletas y gallitos; corrida de toros y peleas de gallos.

Y todo esto amenizado y remojado con bebidas alcohólicas, que aumentaban el escándalo.

En medio de todo esto, la concurrencia era numerosa y presagiaba un comercio abundante y lucrativo. Yo habia plantado mis reales en un sitio de la plaza, desde las siete de la mañana. Mi zarape estaba tendido en tierra; sobre él colocados en buen orden, y con la regularidad de un ejército disciplinado, todos los objetos que formaban mi comercio. El general, que era yo, se encontraba á retaguardia, y con una acordeon en la mano, con cuyas voces escitaba á los transeúntes para entrar á la batalla, la cual comenzó por fin, con gran contento mio y satisfaccion de los compradores.

El *Mercero* es un ser que hará fortuna mientras dure el mundo, porque en tanto que éste no se acabe, tampoco acabarán las coquetas ni los tontos, fuente de riqueza del *Mercero*.

Yo vendia por diez lo que me costaba uno;

Lo falso por lo fino;

Lo inútil por muy útil;

Lo supérfluo por necesario;

Y en fin, lo mismo que si fueran diplomas de caballeros, yo cambiaba *paja*, mala la comparacion, por macizo y nutritivo grano....

A las seis de la tarde recogia mi puesto; le encerraba en el meson y salia á dar una vuelta á la plaza, donde en chuzas y carcamanes arriesgaba una pequeña parte de las utilidades del dia.

Y digo una pequeña parte, porque los dueños de tales juegos son personas que lo entienden, ni mas ni menos que el *mercero*; y es bien sabido que dos lobos no se muerden.

He aquí sin duda la causa por qué un ministro de hacienda y un agiotista, son la perfecta imágen de *Cástor* y de *Pólux*.....

Ahora, el lector puede multiplicar por mil lo que hasta aquí ha leído, y tendrá un producto representante de algunos años de la vida de un *Mercero*. El oficio es productivo, y al cabo de cierto tiempo los que á él se dedican, podrian hacer una regular fortuna; mas por desgracia no es así, porque al fin el mercero es un pecador, hijo de Adán, que como éste tiene sus manzanas y sus Evas; sus desperdicios y sus administradores de aduanas. En suma, el mercero, en esto de guardar lo que recibe, tiene mucha semejanza con el mismo tonel de las Danaides.

Yo quizá fuí la escepcion de la regla, porque despues de once años de trabajos, adquirí una regular fortuna, y alguna instruccion, que me dió la lectura de los calendarios.

Segun esto, recapacitemos y concluyamos los presentes verdaderos fragmentos de viage, que solo dejan de serlo por no encerrar en cada uno cien mentiras.

¡Ay! por lo que ha visto el lector sacará en limpio que

Un calendario me hizo rico;

Once me hicieron erudito.

Y ochenta me pondrán en estado de no contar el cuento á mis oyentes.

Por lo menos yo no he conocido un *Mercero* de ochenta años.—R.

